

El presidente en su laberinto: hegemonía, subalternidad y el proyecto nacional uribista

Nick Morgan, Universidad de los Andes

Introducción

El 16 de julio *El Tiempo*, el diario de mayor influencia entre las elites colombianas, dedicó una página entera al fenómeno de la popularidad del presidente Álvaro Uribe. Titled “¿Cuál es la clave del “efecto teflón” del presidente Uribe?”,¹ el texto considera la continua popularidad del primer mandatario en una serie de encuestas llevadas a cabo a lo largo de su administración por reconocidas firmas encuestadoras como Gallup. Aunque hay una diferencia significativa entre el 78% de favorabilidad, conseguido por el primer mandatario en diciembre del 2003, y el 65% que había conseguido en abril del mismo año, lo cierto es que a pocos días de empezar el último año de su mandato actual, el presidente Uribe mantiene un nivel de popularidad casi sin precedentes.

El artículo de *El Tiempo* ofrece algunas posibles explicaciones para tal fenómeno, recopilando las opiniones de varios expertos. Para Carlos Lemoine (del Centro Nacional de Consultoría), “parte del éxito de Uribe se debe a que ha sabido transmitir que le duelen los problemas del país”. Para José Obdulio Gaviria, calificado por el periódico como “ideólogo de Palacio”, “el éxito se debe a la percepción de que en la Presidencia hay un líder dispuesto a enfrentar los problemas que más preocupan al país: seguridad, crecimiento económico y bienestar social”, mientras que Jorge Londoño, de Gallup, sostiene que “[a]lgunos perciben que el país está muy bien después de 8 años de gobiernos en crisis”. El autor anónimo del artículo está de acuerdo en que el presidente Uribe “se ha visto beneficiado por sus antecesores”, pero también sugiere que ha ganado puntos al ser “frentero para encarar las dificultades”. El estilo personal del presidente se adelanta como otra razón por su supuesta capacidad de ganarse el cariño de la gente, ya que es “un líder que apela a frases coloquiales, diminutivos y refranes”.

Quince días después, *El Espectador*, otro periódico de gran influencia en la formación de opinión, dedicó dos páginas al mismo tema. Al hablar de las perspectivas para el último año del gobierno de Uribe, Hugo García Segura declara que “Uribe es un fenómeno de psicología social. La gente sigue pensando en su promesa de derrotar a los violentos”.² En otro artículo Jorge Leyva Valenzuela dice que:

para los encuestados no cuenta la realidad. Es como si el liderazgo basado en la propaganda hubiera seducido a todos. La gente no juzga al Presidente por sus resultados sino por su esfuerzo. Y por eso no se tiene en cuenta la realidad sino el sueño de un país mejor. Porque de haberse tenido en cuenta la realidad, le guste a uno o no Uribe, el resultado de la encuesta tendría que haber sido muy distinto.³

Lo que sobresale en estos ejemplos es que se proponen tres tipos de explicación

¹ *El Tiempo*, sábado, 16 de julio, 2005, Sección 1, página 2.

² García Segura, Hugo, “El desafío del último año”, *El Espectador*, 31 de julio, 2005, pág. 4A.

³ Leyva Valenzuela, Jorge, “Uribe, imbatible”, *El Espectador*, 31 de julio, 2005, pág. 6A.

para la popularidad presidencial: una basada en los resultados concretos de políticas específicas, otra que se fundamenta más bien en la imagen personal del presidente, y otra que se entiende en el marco de las esperanzas y expectativas del pueblo colombiano.

En esta ponencia quiero seguir el tema sugerido por *El Tiempo*, analizando más a fondo algunos de los mitos y realidades del fenómeno Uribe. Consideraré los aspectos básicos de la proyección política del programa y de la imagen presidenciales, que enfocaré como parte de una nueva propuesta hegemónica en el país. Asimismo, entendiendo que hablar de hegemonía también implica hablar de subalternidad, intentaré acercarme a esta categoría en Colombia refiriéndome a los resultados obtenidos durante una investigación que Gregory Lobo y yo, con la ayuda de estudiantes de la Universidad de los Andes, llevamos a cabo en varias regiones de Colombia durante los últimos 15 meses.

El programa uribista

Álvaro Uribe llegó al poder en Colombia en mayo 2002 después de una campaña que tomó por sorpresa a los seguidores de los candidatos más conocidos. Poco opcionado al principio de la campaña, su propuesta de un gobierno firme pero a la vez compasivo le permitió alcanzar niveles muy altos de popularidad que le ayudaron a eliminar con facilidad a su rival más cercano, Horacio Serpa, el candidato oficial del liberalismo, en la primera ronda de votación. Como si esto fuera poco, fue el primer candidato no-oficial en llegar a la presidencia de su país, lo cual demuestra la legitimidad de un proyecto que impactó a un electorado hartado de la politiquería y falta de seriedad de sus gobernantes.

Ésta, por los menos es la “versión oficial” difundida por los seguidores del actual presidente y, sin duda, algo tiene de verdadero. No obstante, hay otras maneras de interpretar estos acontecimientos, algunas de las cuales presentaré a continuación, analizando algunas de las propuestas de Uribe y su evolución durante lo que va de su presidencia. Además, consideraré su recepción por parte de los colombianos entrevistados a lo largo de nuestra investigación.

Al parecer, el programa uribista se iba a basar precisamente en la legitimidad de su gobierno. Los dos pilares de este programa eran, efectivamente, la seguridad democrática, por lo que se entiende una guerra a muerte contra los grupos guerrilleros de las FARC y del ELN, y la transparencia, es decir, la lucha contra la corrupción en la vida política nacional. El énfasis en estos dos puntos es fruto de una interpretación acertada de la opinión pública, por una parte porque la política de negociación con las FARC del gobierno de Andrés Pastrana había sido un fracaso total, y por otra porque la idea de transparencia había hecho gran impacto en Bogotá con las administraciones “no corruptas” de Ernesto Peñalosa y Antanas Mockus. En un país desgarrado por la violencia el deseo de gran parte de la población de vivir sin el miedo a la violencia es enteramente comprensible, como también lo es el anhelo de poder confiar en sus representantes elegidos. De hecho, esta doble añoranza señala en sí la falta de legitimidad de las instituciones nacionales, y muestra la poca confianza de los colombianos en el proyecto político del Estado. La retórica de Uribe parecía ofrecer un cambio, al reconocer un rechazo generalizado de la guerra y de las maniobras de la clase política tradicional. Los gremios, los medios de comunicación, el ejército, los grupos paramilitares, y una parte significativa de la clase media urbana, se

adhirieron a este programa, que proponía la creación de un Estado comunitario. Después del triunfo electoral de Uribe su programa ha sido promovido en la mayoría de los medios nacionales como un verdadero proyecto hegemónico, un intento de renovar la vida política nacional que exige la adhesión de todos.

Pero como cualquier plataforma de sólo dos patas queda coja, había que reforzarla. El tercer pilar del programa uribista era un llamado a lo social, que en las actuales condiciones políticas de Colombia implicaba una crítica bastante fuerte al modelo neoliberal. En su análisis crítico de la Constitución Uribe argumenta que “el neoliberalismo abandona la cláusula social y deja la suerte de los débiles a la incertidumbre del mercado [...] Participo de la idea de Norberto Bobbio sobre el papel determinante de la acción del Estado para corregir las desigualdades naturales y las que las fuerzas ciegas del mercado generan a diario”. El manifiesto de los “Cien Puntos”, en el cual el aspirante a la presidencia presentaba su programa de gobierno, refuerza esta impresión con sus comentarios sobre lo social, aunque es notable que sólo cuatro de sus cláusulas se dediquen a la “Confianza, erradicación de la miseria y justicia social”. A pesar de esto, el mensaje es claro, aunque algo optimista: “los recursos tienen que alcanzar para erradicar la miseria y construir justicia social” (Punto 43). Además, hay unos comentarios sorprendentemente robustos sobre la necesidad de cuestionar el modelo neoliberal. En el Punto 6, por ejemplo, se declara que: “El modelo Neoliberal abandona lo social a la suerte del mercado, con lo cual aumentan la miseria y la injusticia social”. Estos *sound-bites* sugieren que la meta del Estado comunitario uribista es proteger a las víctimas de la lógica implacable del mercado internacional, una impresión que también emerge de un análisis del discurso triunfal del presidente, quien afirmó que: “(l)os organismos multilaterales tienen que hacer un alto en el camino, tienen que reorientar su política, tienen que saber que la democracia de Colombia, que las democracias del mundo dependen de la equidad social y que para lograr la equidad social muchas de las corrientes y de las doctrinas que hoy prevalecen en el manejo de la economía mundial tienen que revisarse y de inmediato”.⁴

En resumen, el proyecto uribista busca crear un consenso entre las capas altas y medias de la sociedad colombiana. Promete legitimar las instituciones, acabando con la corrupción, y extender por la fuerza el alcance de la institucionalidad del Estado. No sólo esto, sino que ofrece cierto nivel de justicia social a los sectores más vulnerables, al proponer una mejor distribución de los recursos para acabar con la miseria. (Claro que en este caso la idea de legitimidad institucional no va mucho más allá de una eventual transparencia en el manejo del erario público pero, como dicen, peor es nada.)

Sin embargo, no se puede entender el modelo del Estado comunitario solamente desde la perspectiva de estos tres puntos. Hay que estudiar un poco más la retórica que lo conforma. En este respecto uno de sus principales rasgos es su paternalismo. Uribe invoca una visión orgánica del “pueblo colombiano”, el *demos*, como una gran familia, una figura que empieza a proliferarse a lo largo del manifiesto, produciendo efectos extraños y perturbadores. En el Punto 10, por ejemplo, se nos dice que “[e]l municipio es al ciudadano lo que la familia es al ser humano” mientras que el Punto 24 imagina al Estado como un padre que tiene que dar buen ejemplo a sus hijos, agregando que: “[e]l padre de familia que

⁴ Todas las citas vienen del portal web www.alvarouribe.com

da mal ejemplo, esparce la autoridad sobre sus hijos en un desierto estéril”. Finalmente, esta relación se personaliza en la figura del aspirante a la presidencia, quien contempla con ojos paternales al electorado en el Punto 100: “Miro a mis compatriotas hoy más con ojos de padre de familia que de político”.

Hasta se afirma la relevancia de esta metáfora orgánica al conflicto armado. El Punto 40, por ejemplo, propone:

Enseñar negociación de conflictos. Que sirva para evitar la violencia intrafamiliar. Que los cónyuges aprendan a discutir entre ellos con respeto, a corregir con cariño a sus hijos, para que éstos [...] sepan que todo conflicto se puede negociar pacíficamente.

El Estado comunitario imaginado en estas declaraciones es un modelo donde los ciudadanos son los hijos buenos del Estado, que a su vez se compromete a proteger sus intereses. El paternalismo autoritario de tal visión es obvio; se basa en la imagen de una comunidad orgánica en la cual el papel del ciudadano se reduce a cumplir con su deber de acudir a las urnas cada cuatro años (o en momentos especiales como el referendo).

En la retórica legitimadora del proyecto uribista la gran familia nacional es tanto incluyente como excluyente. En su discurso triunfal, por ejemplo, el presidente-electo afirmó que se sentía respaldado por “los millones de colombianos en todas las regiones que honraron con su entusiasmo la democracia de la Patria”. Aquí vemos la apelación básica al *demos*, a la unión de los colombianos, dentro de la Patria. La fuerza legitimadora es “el pueblo”, descrito por Uribe como “artífice de este momento”. Y, en la euforia utópica del momento, hasta alcanza a decir que “[l]os grupos violentos, todos, estamos hechos de esta carne y de estos huesos del alma colombiana”.

Pero esta visión de patria también excluye. Después del atentado atroz contra el exclusivo Club el Nogal en el norte de Bogotá, en el cual murieron más de 30 personas, el presidente declaró que “Colombia llora pero no se rinde”, una frase que se convirtió en eslogan, repetido y reproducido hasta en las vallas publicitarias que bordean las principales vías de la capital. La pregunta suscitada por tal aseveración es ¿ante quién, ya que Colombia no está en guerra con otro país? La respuesta es que la lógica de la guerra contra el terrorismo exige que los que practican el terror no sean considerados parte de Colombia. Han rechazado al *demos* y como consecuencia son rechazados por él. Es dentro de este marco que tenemos que entender la política de Seguridad Democrática. La lógica binaria de esta guerra afirma que “él que no está conmigo está contra mí”, perspectiva que justifica la suspensión de algunos de los derechos constitucionales en algunos momentos y en algunos sectores del país, por ejemplo, en las llamadas “Zonas de rehabilitación”, aunque algunas de estas medidas fueron “tumbadas” por la Corte Constitucional. En este sentido los colombianos como buenos hijos tienen que cumplir con su deber de obedecer al Estado, convirtiéndose en “informantes” contra los “terroristas”.⁵

⁵ Sin embargo, el intento de resemantizar las connotaciones negativas de la palabra “sapo” ha tenido un éxito limitado, a pesar de las alabanzas de la “croactividad” del alcalde de Bogotá, Antanas Mockus. Por lo tanto, la famosa “red de informantes” se convirtió a su vez en “red de cooperantes”.

El populismo inherente en el proyecto uribista también se fomenta mediante el manejo de la imagen presidencial, una maniobra legitimadora que subraya la “sencillez” de un presidente que no se sitúa por encima de los intereses de los colombianos comunes y corrientes. En esto el discurso uribista se asemeja al *thatcherismo*, sobre todo cuando al querer convencer a la gente de la necesidad de la prudencia fiscal el presidente apela a una aplicación del sentido común que tal vez serviría para ordenar las finanzas de una tienda de barrio, pero que no es adecuada para hablar de la complejidad de las finanzas nacionales en un momento de crisis. Por ejemplo, en un discurso televisado en septiembre del 2002, el presidente declaró que:

la Nación gasta un 42% por encima de sus ingresos. Le ocurre lo mismo que a una familia que recibe 500 mil pesos y gasta 710 mil. Se endeuda en 210 mil cada mes, más los intereses. [...] El déficit proyectado a diciembre es del 4.1% del Producto Interno Bruto, no del 2.6% como se preveía. Resulta insostenible. Hay que reducirlo.⁶

Esta imagen del presidente paternalista que explica con paciencia las finanzas de la nación a sus “hijos” se relaciona también con la presentación del presidente como una figura cultural reconocible: el hacendado paisa, patriarca astuto que administra con prudencia su finca. El sombrero de paja y el poncho que carga sobre el hombro hace inevitable esta identificación. Pero no sólo se ha presentado una cara tradicionalista o rural del presidente sino que a la vez se ha buscado conectarlo con la cotidianidad de los ciudadanos urbanos, y con la juventud. Esta idea se ejemplifica por la apariencia del mandatario en el “*reality*” Gran Hermano, donde aprovechó el espacio televisivo para hacerle propaganda a su gran proyecto político, el referendo, del cual hablaremos a continuación.

En resumen, lo que vemos es que el sancocho de tradicionalismo casi místico y desarrollismo tecnocrático que caracteriza al discurso uribista se repite en el manejo de su imagen personal. Lo que hay que subrayar, sin embargo, es que la retórica uribista se apoya en la construcción de un simulacro de voluntad popular, una voluntad que rechaza la politiquería, es patriota, quiere acabar con la violencia, y es muy conservadora en sus actitudes sociales. La justificación del programa uribista, por lo menos en términos retóricos, es encarnar esta visión en contra de los antiguos líderes corruptos.

Sin embargo, la presentación mediática del presidente no sólo ha servido para reforzar la idea de su legitimidad sino que por lo visto ha sido muy engañosa. Las encuestas publicadas en todos los medios de comunicación han subrayado la popularidad continua del presidente, quien aparentemente sigue gozando de niveles sin precedentes de apoyo popular. Según todas las encuestas publicadas por *El Tiempo* a lo largo de la administración Uribe, un promedio de más o menos el 70% de los entrevistados estaban a favor de su gestión. Sus declaraciones firmes, sus “jalones de orejas” a ministros y generales, supuestamente le han otorgado una imagen favorable.

⁶ Discurso televisado, 23 de septiembre, 2002.

Estos intentos de manipular la opinión pública, que a veces rozan con la demagogia, incluyen el típico llamado del líder al pueblo, por encima de los mecanismos políticos de la democracia. Los concejos comunitarios que el presidente ha llevado a cabo durante su gobierno son un excelente ejemplo de este proceso. El circo ambulante presidencial aterriza en diferentes partes del país para escuchar las quejas de los ciudadanos. En el proceso, el presidente les hace preguntas difíciles a sus ministros, propina uno que otro regaño a un funcionario ineficiente, y en general se comporta como un rey medieval que recorre su país dispensando justicia. Es importante tener en cuenta que la creación de esta imagen también representa una búsqueda de legitimidad, porque aunque la capacidad de los ciudadanos de contribuir de forma activa en este proceso es mínima, evoca un tipo de democracia directa que salta las barreras burocráticas del Estado liberal y pone a la gente en contacto directo con sus líderes. También intenta efectuar un tipo de identificación entre el presidente y el pueblo, en contra de la burocracia estatal.

Es en este mismo sentido que la administración uribista ha querido utilizar un mecanismo constitucional, el referendo. En su programa de gobierno Uribe había prometido un referendo contra la politiquería. Sin embargo, en un tipo de “pulso” con el congreso y la corte constitucional algunos de los puntos del referendo fueron eliminados, mientras que el alcance de otros fue reducido, de modo que lo que se presentó al electorado colombiano no era tanto un referendo sino un plebiscito. El 25 de octubre del 2003 el uribismo apostó gran parte de su capital político, buscando un apoyo popular que refrendara su gestión durante su primer año de gobierno. Los resultados, sin embargo, representaron un gran revés para su administración, aunque en este momento los indicios de popularidad reportados por la prensa se acercaban al 80%.⁷ La mayoría de los puntos no fueron aprobados, no porque la gente haya votado en contra de ellos sino porque el nivel de abstención significó que no se alcanzó el umbral de legitimidad del 25% del electorado. El día siguiente hubo otra ronda electoral que asestó otro duro golpe al gobierno. En la votación por concejales, gobernadores y alcaldes, la elección de una gama de candidatos más o menos opositores de la política gubernamental, sobre todo en Bogotá, con el triunfo del ex-sindicalista Lucho Garzón, demostró un nivel de descontento general con el rumbo del país.

Desde ese momento el programa Uribista ha sido dominado en lo político por los temas de la reelección y del proceso de paz con los grupos paramilitares, y en materia económica por la negociación del tratado de libre comercio con Estados Unidos. A pesar del éxito de la estrategia uribista en el Congreso, habrá que esperar hasta octubre o noviembre de este año para ver el resultado del fallo de la Corte Constitucional sobre la legitimidad constitucional del proyecto de reelección. Pero la posibilidad de que Uribe vuelva a ser candidato ha agudizado el debate sobre el rumbo y el estilo de su administración. La negociación con las fuerzas paramilitares en Santa Fe de Ralito, que alcanzó su mayor perfil con la visita al Congreso de Salvatore Mancuso, entonces líder militar de las Autodefensas Unidas de Colombia, también ha avivado la polémica sobre la supuesta simpatía del presidente hacia estos grupos. De hecho, el evidente auge del poder paramilitar en el país ha llegado a ser un tema de preocupación, hasta tal punto que en su análisis en *El Espectador* Jorge Leyva Valenzuela dice que “[n]uestra democracia se ha

⁷ Cifra citada por García Segura, Hugo, *op.cit.*

convertido, lentamente, en una paracocracia”.⁸

La recepción popular del uribismo

Nuestra visión de la recepción popular del discurso y desempeño de la administración uribista se basa en una serie de más de 330 entrevistas llevadas a cabo entre mayo del 2004 y junio del 2005 en Bogotá, Medellín, Riohacha, Leticia, Pasto, Quibdó, Cartagena, Armenia, Pereira y Cali. Las conversaciones eran semiestructuradas, ya que siempre empezaban con una serie de preguntas sobre la nación, la democracia y el estado, pero en todas las entrevistas los informantes tenían la oportunidad de expresarse ampliamente sobre una variedad de temas relacionados.

Lo primero que hay que tener en cuenta al intentar entender la recepción del uribismo es el contexto en que se da. En este sentido la percepción que tenían los entrevistados de la democracia nacional es clave. Ahora bien, no es de sorprender, dada la posición institucional de los medios, que el asunto de la legitimidad de la democracia colombiana no haya sido tratada directamente por los sondeos publicados en los periódicos y revistas nacionales, aunque éstos a menudo han contenido preguntas puntuales sobre la corrupción. Pero el “problema de la corrupción” es un tema que se inserta dentro de un marco conceptual que lo enfoca como una aberración que hay que combatir para preservar un sistema básicamente sólido. Lo impactante de los resultados de nuestra investigación, sin embargo, es que revelan un imaginario social que cuestiona la existencia misma de la democracia en Colombia.

De la democracia es muy difícil hablar acá por muchas cosas, por, por la corrupción, por la violencia, por la falta de educación, porque hay muchos que, que ni saben cuál es el significado de la palabra democracia, ¿cierto?

Itagüí, hombre, 24 años, estudiante

¿La democracia? ...Mal [...] Pienso que hay unión de pueblo, pero, pero está tapada por un, por una parte más grande, que, que no toma tanto la opinión del pueblo sino que no les importa, la dejan de lado. [...] Lo que digan ellos es lo que importa, no lo que digamos nosotros.

Medellín, Comuna XIII, mujer, 18 años, estudiante.

La corrupción está allí mismo en el gobierno. Ahí mismo entre ellos. Entonces la gente dice “hombre, pero yo para qué voy a poner a votar por una persona corrupta, ¿por qué?” Entonces ya la gente... el déficit debe ser por eso, porque ya la gente no sale a votar. Para votar por un corrompido, yo no voto, dice la gente. Y la gente, no sale. Entonces ya, ya no hay una mayoría, ya, por eso es que no hay... no hay, ya no existe la democracia, ya, ¿ve? Sí...

Leticia, frontera con el Brasil, hombre, 49 años, profesor.

Sí, pues, aquí... en Colombia, existe mucha politiquería y... casi los dirigentes que asumen la presidencia, siempre son clientelistas o... o... van a favor de la...de la

⁸ Leyva Valenzuela, Jorge, “Uribe imbatible”, *El Espectador*, 31 de julio, 2005, pág.6A.

burguesía o de la... clase más alta, entonces se olvidan de lo... de la clase más baja y... y pues no le prestan la... las soluciones ni... ni se preocupan por los... sectores más bajos de la población.

Pasto, Universidad de Nariño, 17 años, estudiante de licenciatura en ciencias sociales,.

La mayoría de actores vemos que... lo político no tiene sentido... no... no se cree en los partidos, no se cree en la clase política, y, como de alguna manera ven que los programas de participación son un eje político, todavía sigue siendo entonces como... el estigma de que eso es simplemente política, y que yo me abstengo de participar, realmente, como debo participar, si no que hago parte, entre comillas, de un... de un proceso de información, no de retroalimentación.

Pasto, Cámara de Comercio, mujer, 35 años, Directora del Departamento de Planeación de la Cámara de Comercio, 35 años.

La corrupción aquí es muy grave porque todo eso, digamos, a cambio de un voto te dan plata te dan una cosas, entonces, eso es todo, es corrupción pa'l pueblo y por eso es que el pueblo no puede salir de donde está, así no puede progresar porque todo es corrupción. Y es un robo tenaz aquí en el Amazonas.

Mirador de Puerto Nariño, hombre, estudiante, 18 años.

Aquí es como que bueno, entonces yo te doy la bolsa de leche y tú me das un voto, entonces hay mucha manipulación de ese sentido. Ehh, hay un, pues como que se siente que, por ejemplo, un tipo de los que tiene una de las mayores empresas, ehh, es un parlamentario y es el que, bueno usted me, cada persona me tiene que conseguir diez votos si quiere seguir trabajando, eso es manipulación de votos. Me guste o no me guste, este personaje es el que queda. Entonces yo lo viví así con las, que, que, con las pasadas elecciones. No hay voto, votación de opinión aquí se ha perdido.

Armenia, mujer, 39 años, licenciada en educación

Por ejemplo, aquí se hacen las elecciones a gobernación, alcalde, asamblea, consejo, y entonces mmm, la gente no vota a conciencia, ¿me comprendes?, o sea los votos son comprados. Si tú das plata, votan por tí, si no das plata, no tienes voto.

Leticia, mujer, 28 años, ama de casa

Esa mayoría que no vota, siente, piensa que con votar no se gana nada, no se avanza, no se transforman las cosas. Entonces, para qué voto si todo va a seguir igual, si todo el que suba allá, va hacer... va... va a hacerlo mismo. Entonces, no tiene sentido, perder el tiempo haciendo larga fila..., por... por votar

Quibdó, mujer, 31 años, abogada

En estos ejemplos sobresale la manera en que los entrevistados imaginan su relación con el poder político, que se reduce a una dicotomía básica entre “ellos”, la clase política que tiene influencia y prestigio, y “nosotros”, los que estamos condenados a ser marginados y manipulados. Y es en este sentido que propongo utilizar el concepto de subalternidad en este ensayo, ya que la vasta mayoría de los entrevistados (más del 85%) se consideraban

como personas enajenadas de un proceso “democrático” que consideraban puramente formal. Tal sensación de impotencia a la hora de incidir en la vida democrática del país produce una sensación de marginación que se acerca a la subalternidad. Pero no es la subalternidad de los que reconocen la legitimidad del liderazgo político y cultural de un “bloque histórico”, sino de una mayoría que se siente excluida. Es decir, este imaginario social no es estrictamente producto de un proyecto hegemónico, entendido como un proceso mediante el cual tanto la negociación como la coerción producen un consenso, sino de una situación aparentemente más caótica, en la cual sencillamente no hay una aceptación activa del orden político imperante. Desde luego, hay tremendas diferencias de nivel en todo esto. El punto más extremo, tal vez, es representado por las palabras de una campesina desplazada de Urabá quien, después de expresar un criterio ambiguo sobre el desempeño del presidente, opinaba que

como uno es ignorante, pues uno no puede dar la opinión de esa vaina ¿sí? [...] Sí, porque uno es ignorante, uno que va a saber. Ellos que saben son los que hacen sus vainas. Pero claro que sí veo la gente por la calle brava, diciendo que no, que les van a quitar todo, que les van a quitar esto, que les van a quitar lo otro. Y digo yo bueno, allá él [el presidente] con sus problemas, ¿eh?, ¿eh?

El Poblado, mujer, 68 años, campesina desplazada de Urabá.

Pero como claramente se aprecia en los ejemplos anteriores, esta visión de la disfuncionalidad básica de la democracia colombiana es compartida por gente de todos los estratos sociales. Hasta en el caso de personas con los recursos necesarios para desenvolverse con relativa facilidad en el mundo social colombiano, predomina esta sensación de exclusión de la vida pública de la nación. La pregunta que queda, entonces, es ¿por qué se tolera esta situación? Y dada la falta de confianza de los ciudadanos en la democracia nacional ¿cómo es que se perpetúa y se reproduce este orden social? Evidentemente, es una problemática muy compleja, pero una de nuestras informantes nos dio parte de la respuesta:

Porque este país, como los países del Tercer Mundo, son de unos pocos. Son los que... los que tienen el poder, los que tienen el dinero y los que... tienen todo. Y la mayoría somos muy pobres [...]

Pregunta: *¿Y por qué la mayoría dejan que eso pase? O sea, si es... si es una democracia, si tienen el derecho de votar, ¿por qué no reaccionan? ¿por qué no se mueven? [...]*

Porque sinceramente no hay líderes, no hay capacidad de... de la gente, de enfrentarse, y aquí uno no puede decir nada. Si uno habla en contra o habla mal del gobierno ya lo señalan, y después por ahí amanece tostado ...

El Tambo, Nariño, mujer, 40 años, administradora de un centro telefónico

Aunque parezca un apunte banal, no se puede sobreestimar la importancia de la violencia en el imaginario social colombiano. Impone sobre el discurso un límite absoluto y brutal que recuerda las palabras de Malcolm Deas respecto a La Violencia: “las palabras son vacías. Los hechos son lo único verdadero — son lo que son. En este punto el discurso,

y el análisis del discurso, sencillamente pierden toda relevancia”⁹ Este mismo punto es evidente en los dos siguientes ejemplos de Riohacha, el primero tomado de una conversación casi jocosa en el centro de la ciudad, el segundo de una entrevista en un barrio periférico de desplazados donde la desconfianza y la tensión son casi palpables en las palabras del hablante:

Bueno, eh... la verdad es que ahoritica, esto que estamos viviendo aquí nosotros [RISAS], sí, decir la verdad, es peligrar la vida. Tenemos que... en nuestro país, se saca, mire... en el mundo, el país que más asesinatos ha tenido de sindicalistas, es Colombia. El país... en el mundo, que ha tenido más asesinatos de periodistas, es Colombia. Entonces... no se puede decir la verdad, porque el que dice la verdad, inmediatamente [RISAS] es hombre muerto.

Riohacha, hombre, 38 años, administrador público.

Pero que te digo, así como lo estoy haciendo yo acá, denunciando prácticamente a, a nuestros dirigentes políticos, de pronto ya es una amenaza para mi vida, ¿cierto?, entonces eso se debe a la poca, como le diré, a la poca participación ciudadana. Porque por ejemplo, si yo convoco al barrio aquí, y les digo, ven, vámonos a llegar a la gobernación, vamos a rebotárnosles por, para que ellos nos compongan las pantallas, para que ellos nos, nos traigan alcantarillado, de pronto este señor maneja, maneja otra visión y dice “no, pero este es el que me está haciendo la guerra a mí, [...] vamos a tumbarlo”

Riohacha, Barrio el Comunitario, hombre, 27 años, sin oficio (bachiller)

El mundo social colombiano es un espacio imaginado en el que se mueven actores tenebrosos con intereses escondidos, tanto a nivel local como a nivel nacional. Lo que nuestros informantes tienen claro es que enfrentarse a estos intereses cuesta caro. Las fuerzas que impulsan los programas políticos a menudo no son públicas, ni son objeto de debate. Hay cosas de las que no se puede hablar, porque no se dispone de información sobre ellas. Y hablar de lo que no se sabe no vale la pena, sobre todo cuando puede resultar peligroso. Un aspecto notable de nuestras entrevistas fueron las pocas referencias directas a los actores armados, y a los intereses específicos de grupos poderosos.

Es en medio de tales preocupaciones que hay que entender la reacción de los colombianos frente al discurso uribista. De hecho, lo que se percibe entre muchos de nuestros informantes es precisamente lo que se podría calificar como una búsqueda de un proyecto hegemónico al que aferrarse. Entre el miedo y el cinismo provocados por el panorama político del país, para muchos es preferible esperar que venga un hombre fuerte a “ponerle orden a la cosa”. Éste sería el caso del 59% por ciento de los entrevistados en nuestro estudio que, por lo menos en el primer momento, se mostraron favorables al hablar

⁹ “[W]ords are vacant. Events are the real thing – they are what they are. At this point discourse, and discourse analysis, simply fade into irrelevance.” Deas, Malcolm, “Violent Exchanges: Reflections on Political Violence in Colombia” in Apter, D., ed. *The Legitimization of Violence*. New York: New York University Press, 1997, p.350, traducción mía.

de la figura del presidente.¹⁰ En este sentido, parece que Jorge Leyva tuviera razón al sugerir que el apoyo del que goza Uribe tiene más que ver con los sueños de los colombianos que con la realidad de sus políticas. Pero más que la seducción de la propaganda, representa el triunfo de la esperanza sobre la experiencia; no se trata sólo la pasividad de un electorado “embrujaado” por un líder autoritario sino de un verdadero anhelo por parte de muchos colombianos de una institucionalidad estable y confiable.

Como era de esperar, entonces, la “mano firme” contra la guerrilla para rescatar la legitimidad democrática del Estado es uno de los puntos que goza de mayor aprobación entre los partidarios del presidente.

Se han logrado cosas muy buenas. Que se ha logrado golpes grandísimos con, con estos grupos subversivos, delicioso.

Medellín, mujer, 43 años, secretaria en una agencia publicitaria.

El ejemplo más concreto del orden prometido por el uribismo es la mejoría de la seguridad en las principales carreteras del país. En gran medida, no sería exagerado sugerir que a pesar de su retórica rimbombante la seguridad democrática se reduce para la mayoría de los colombianos a la muy sencilla posibilidad de viajar sin miedo. En palabras de un hotelero paisa en Riohacha “en este momento, hay menos cosas [retenes de los actores armados] y mucho más libertad de movilización. Yo volví a viajar a Medellín por tierra, y no iba hace cinco años... eso es libertad.”

Aunque muchos de los entrevistados reconocen las limitaciones de tal enfoque (“[e]ntonces, un discurso de [...] que vuelvan a pasear en carro, pero es que la mayoría de nosotros no tiene un carro y no tiene con que pasear”, Quibdó, mujer, 31 años, abogada), entre los que apoyan al presidente se siente el deseo de creer que entre la corrupción y la violencia la esperanza se encarna en una figura política redentora. Por lo tanto se enfatizan las buenas intenciones del presidente, posición que se defiende al sugerir que, pase lo que pase en el gobierno, “los otros” son los corruptos, no él.

Se ha descubierto grandes cantidades de desfalco de dinero. [...]Hasta los más altos. No metamos al presidente Uribe porque él es el que está buscando [cambiar] eso.

Medellín, Acevedo, hombre, 29, estudiante

A veces hasta parece que en el imaginario de sus seguidores el presidente está luchando en contra de una nación díscola, reacia a aprender la lección que su primer mandatario quiere darle:

por más que el presidente hable de transparencia, busque los mecanismos, él no puede emigrar a los cuarenta y cuatro millones de colombianos. Eso es imposible.

Puerto Nariño, hombre, 32 años, técnico de mercado

¹⁰ Esta cifra se basa en las entrevistas analizadas hasta ahora. Preguntar por las opiniones de los entrevistados sobre el presidente no era una de las principales metas del estudio, de modo que más de la mitad de los informantes no hicieron ningún comentario sobre el desempeño de la administración actual.

En este caso, la percepción que predomina es de la inamovilidad del mundo social colombiano. El pesimismo característico de los colombianos parece más fuerte que las posibilidades de cambio.

El mismo tipo de fatalismo aparece en el momento de pensar la política económica de la administración. Los que más apoyan al programa uribista están dispuestos a olvidar que no se han cumplido las promesas sobre la inversión social en aras de una mejoría en las políticas de seguridad.

Pues perseguir, perseguir la violencia, perseguir la guerrilla, ¿cierto?... ehh... hay mucha gente que lo critica que porque dice que ataca a los pobres, pero igual pienso que, que de alguna manera [...] se tiene que salir como de esta crisis económica en la que está el país, entonces todos se tienen que sacrificar. Obviamente pues los pobres van a seguir siendo un poquito más pobres, pero esperemos que eso no sea por mucho tiempo.

Itagüí, hombre, 24 años, estudiante

Aquí se percibe una confianza neoliberal ortodoxa en que las cosas se mejoren “a la larga”, actitud que naturalmente caracteriza a los que disponen de los recursos necesarios para resistir los efectos más salvajes de la reestructuración. Se espera que al quitar las barreras al libre funcionamiento del mercado, la “mano invisible” revitalice la economía nacional en beneficio de la comunidad entera. Pero, como una vez dijo Keynes, “a la larga” todos estamos muertos.

Conclusión

Con todo lo anterior no quiero sugerir que no haya oposición, a menudo visceral, al proyecto uribista. La figura del presidente rara vez provoca reacciones tibias. Y cuando se profundiza en la discusión, el panorama no es tan favorable al presidente como parece en los sondeos nacionales. Incluso entre los que se declaran sus partidarios hay considerable ambigüedad. Pero, en últimas, lo que sí quedó claro en nuestro estudio es que el uribismo se ha sintonizado con el sentido común — entendido esto en el sentido gramsciano — de muchos colombianos. Al transformar los términos del debate sobre el rumbo que debería tomar el país ha logrado por lo menos parte de su objetivo.

En otras palabras, si en algo el uribismo ha tenido éxito es en canalizar las esperanzas de muchos colombianos mediante el despliegue de una simbología básica y de un mensaje sencillo. Más que representar un discurso propagandístico capaz de engañar al “pueblo”, el uribismo ha sabido aprovechar una coyuntura particular, dándole forma a muchas preocupaciones populares.

Aún así, no hay duda de que el uribismo dispone de un andamiaje ideológico bastante sofisticado y desarrollado. Se propone como un proyecto hegemónico en la medida en que busca cambiar el panorama político del país, reestructurando el imaginario social de la nación. Al querer lograr este objetivo, sin embargo, tiene que negociar su encuentro con un país que no cree en la política ni en los políticos, ni en las instituciones nacionales. En

tales circunstancias es mucho más difícil legitimarse, aunque a corto plazo haya mayores posibilidades de justificar un programa con notables tintes autoritarios.

Así las cosas, la pregunta más importante es cuándo se despertarán los colombianos de su sueño. ¿Hasta cuando los deseos de los colombianos de ver llegar una figura redentora capaz de “componer el país” serán más poderosos que las exigencias de una realidad mucho más ambigua? Al buscar una respuesta para esta interrogante, no se puede olvidar la importancia de la economía. Es muy dicente que en la encuesta más reciente publicada por *El Espectador* sólo el 20,5% de los entrevistados nombran la seguridad como la mayor preocupación del país. El 54,2% ponen la economía en primer lugar.¹¹ Si la crisis económica y social sigue su trayectoria es poco probable que el encanto del uribismo, por lo menos en su encarnación actual, sea duradero.

Finalmente, cabe señalar que, más allá del futuro inmediato del proyecto uribista, nuestro estudio deja una serie de interrogantes sobre el desarrollo de la cultura política de un país que con tanta esperanza buscó legitimar sus instituciones con la constitución de 1991. La historia reciente del país pareciera caracterizarse por ciclos de esperanza y desilusión, donde la perpetuación del actual orden social se hace posible por la pasividad de una población amodorrada por el cinismo y amedrentada por la violencia. Y en este sentido la importancia de la violencia, tanto imaginada como real, sigue siendo incalculable. Fundar una verdadera cultura democrática significa cambiar un imaginario en el que participar en el proceso democrático conlleva considerables riesgos. Después de todo, no se puede hablar de democracia en un contexto en el que hablar mal de los poderosos significa que uno vaya a amanecer “tostado por ahí”.

¹¹ Encuesta Gallup, reportada en “Uribe, imbatible”, *El Espectador*, 31 de julio 2005, pág. 6A.